

"Estoy aferrado a no perder la fe. Ahora que sé que me queda tan poco tiempo, me preocupa en qué circunstancia espiritual voy a estar. Me acuerdo de mi padre, en su cama, preparándose para morir, con actitud de entrega. Ojalá a mí me pase lo mismo".

FERNANDO CASTILLO

INEDITO

En enero de 2008 el Premio Nacional de Arquitectura dio esta entrevista donde repasó su vida completa. De su fe, de sus hijos, de su carrera, habló en esta conversación que publicamos una semana después de su muerte.

POR JOSEFA RUIZTAGLE RETRATO MANUEL HERRERA

Su vida parece una novela. Él sabe que está llegando el final, pero no le interesa saber cuánto falta. A sus 89 años, acaba de salir del hospital. A los pocos días y con varios kilos menos, vuelve a trabajar en sus proyectos de arquitectura.

Nos recibe en el mismo predio en el que nació en 1918. Desde entonces sólo ha vivido fuera unos pocos meses después de haberse casado y cuando estuvo en el exilio en Inglaterra. El resto del tiempo, siempre aquí, en lo que era Los Guindos, un terreno de 30 mil metros cuadrados en Avenida Ossa perteneciente a su familia donde más tarde construiría sus primeras casas y también la primera de muchas comunidades que llevan su

sello: "La Quinta Michita".

En la Michita vivió durante décadas hasta que a la casa "se la comió la naturaleza". Entraron las enredaderas, las raíces, el musgo. Y en vez de arreglarla construyó otra. Un edificio al lado. Tan al lado que para mudar los muebles sólo echaron abajo una muralla. Allí vive en el primer piso junto a su mujer, la escritora y actriz Mónica Echeverría. Tienen un jardín lleno de maceteros con flores y una fuente de agua en la que paran los pájaros. Por dentro, el lugar está lleno de libros, de fotos y muebles de su propia creación. También diplomas. El último, a "un grande entre los grandes", entregado la semana pasada por el Congreso de la Nación.

La muerte en el espejo

Fernando Castillo ha estado una y otra vez frente a la muerte.

El primer infarto lo tuvo antes de terminar la universidad. Tiene tres bypass. Hace 20 años lo desahucieron por un cáncer a la garganta y le sacaron las cuerdas vocales. Perdió la voz y nunca la recuperó del todo. Llegó en coma al hospital producto de una úlcera. Durante dos años se alimentó a través de una sonda.

-¿Estas experiencias le cambiaron la manera de mirar la vida?

Con el corazón no se me pasó por la mente que moriría, pero con el cáncer sí. Hasta ese momento fumaba día y noche. Lo dejé. Ya era tarde, pero a lo largo del tiempo ha servido. Creo que estas experiencias me han acercado a un ente superior.

-¿Dios?

Sí, es Dios. Pero como hablan del Padre, que a veces es malo y a veces

bueno, que castiga, que perdona, que hace cosas de humanos, no me gusta tanto. Yo creo que es un ser mucho más intangible, un espíritu que lo envuelve a uno. Me encanta sentirlo. Estoy aferrado a no perder la fe. Ahora que sé que me queda tan poco tiempo, me preocupa en qué circunstancia espiritual voy a estar. Me acuerdo de mi padre, en su cama, preparándose para morir, con actitud de entrega. Ojalá a mí me pase lo mismo.

-¿Cómo ha sido para usted envejecer?

No me gusta mirarme. Envejecer no me importa tanto, pero verme como me veo ahora, con 58 kilos... Yo pesaba 80. Me miro al espejo y no me reconozco. Me repulsa la imagen que veo ahí.

-Dice que le preocupa el momento espiritual en que lo encuentre la muerte. Y el aspecto físico, el dolor, ¿le preocupan?



"Envejecer no me importa tanto, pero verme como me veo ahora, con 58 kilos... Yo pesaba 80...". Arriba, Castillo Velasco junto a Gonzalo Domínguez, arquitectos de la Católica, en agosto de 1951. A la izquierda, en 1967. Abajo, durante una conferencia como rector de la UC en 1971.



Sí, también me importa cómo voy declinando. Lo noto en la pérdida de fuerzas, de movilidad. La Mónica tiene dos años menos que yo, pero está increíble. Ella explota sus capacidades físicas, sale a comer, a volar, a lo que venga. A donde la conviden, parte. No tiene agotamiento. En cambio a mí se me hace cuesta arriba levantarme de la cama. Pero me siento ahí (muestra una enorme mesa con un computador prendido y decenas de planos en papel diamante) y trabajo ocho horas o más cada día.

Violencia modernista

En efecto, la pasión de Fernando Castillo por el trabajo no ha disminuido. Se mantiene hoy en plena actividad profesional como arquitecto. Junto a su hijo Cristián, a su sobrino Eduardo Castillo y al constructor civil Miguel Ángel Espinoza tiene una sociedad abocada a la construcción de comunidades. En este momento están trabajando en cinco proyectos. Uno de ellos en La Serena.

"Sus colaboradores y herederos", como los llama don Fernando, "han entendido a la perfección el concepto". Concepto que está en la base de las más de 60 comunidades que ha construido a lo largo de su vida, casi todas ubicadas en La Reina: conservación de la riqueza natural, sectores para la vida comunitaria, sencillez y ladrillos rústicos a la vista.

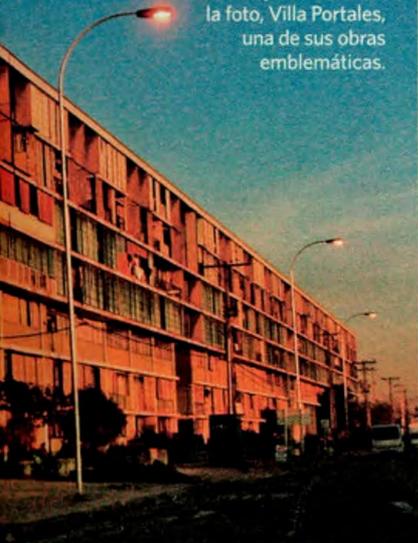
Aunque la mayoría hoy lo asocia a este concepto, lo cierto es que Castillo se ganó el prestigio como arquitecto mucho antes de desarrollarlo. La oficina que tuvo durante más de 25 años junto a Carlos García Huidobro, Héctor Valdés y Carlos Bresciani introdujo la arquitectura moderna a nuestro país, proyectando más de un millón de metros cuadrados y siendo reconocida en todo el continente por su labor pionera.

-¿Cómo recuerda su oficina con García Huidobro, Valdés y Bresciani?

Creíamos en la arquitectura moderna como un principio fundamental. Con los años he recapacitado, y creo que la violencia con la que que-

"No creo que haya habido en Chile un equipo de arquitectos que trabajara tan unido y tan solidariamente.

Nunca discutimos por dinero. Cada seis meses uno de los cuatro administraba la oficina", dice sobre su oficina con García Huidobro, Valdés y Bresciani. En la foto, Villa Portales, una de sus obras emblemáticas.



JOSE ALVAREZ

ríamos hacer arquitectura moderna era un poco ficticia, estilista, de moda. No teníamos por qué ser tan intransigentes. Renunciamos a muchas obras porque la gente nos pedía que las hiciéramos en estilo francés.

-¿Fue esa época una especialmente buena?

Para mí esa etapa fue formadora total. Arquitectónicamente era un laboratorio de experiencias. Cada proyecto era discutido en conjunto. No creo que haya habido en Chile un equipo de arquitectos que trabajara tan unido y tan solidariamente. Nunca discutimos por dinero. Cada seis meses uno de los cuatro administraba la oficina.

El estudio duró 25 años, hasta que en 1967 Castillo asumió la rectoría de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Todo lo que se llevó de la oficina fue una mesa de dibujo que le había regalado su papá.

Un paternidad difícil

Fernando Castillo y su mujer han pasado momentos espectaculares y

otros difíciles de superar. Tuvieron cinco hijos. Los tres mayores -Javier, Carmen y Cristián- se unieron al MIR en los años sesenta. Javier murió a los 24 años en un accidente de autos. Tras el golpe, Carmen y Cristián entraron en la clandestinidad. Cristián fue descubierto, detenido y torturado. Carmen, pareja en ese entonces del cabecilla del MIR Miguel Enríquez, participó, embarazada, en un enfrentamiento, resultando herida de gravedad y Enríquez, muerto. Gracias a las gestiones de su tío Jaime Castillo Velasco, jurista e ideólogo de la Democracia Cristiana, tanto ella como Cristián pudieron partir a reunirse con sus padres a Inglaterra. Carmen se salvó de la muerte, pero el hijo que esperaba murió y ella nunca volvió a vivir a su país.

-¿Cómo superó usted la muerte de Javier?

Desde el derrumbe total de sentirlo muerto, cada día que pasa estoy más cerca de él. Me refugio en él. Lo veo exactamente como era. Me duermo con él y me despierto con él. Entonces, ha pasado a ser un compañero que me da energía, me da capacidad de enfrentar las cosas. Siento que mi propia personalidad se asienta en la fuerza que me da Javier. Así que no ha sido espantoso, y esto se lo he transmitido a muchos padres que han perdido a sus hijos.

-Cuando Carmen estuvo tan grave, ¿pensó que la perdería?

Antes de que llegara a Inglaterra creí que se iba a morir. Fueron días tremendos. Pero los ingleses la atendieron fantástico y se fue recuperando. Ahí murió el niño. Para ella fue un golpe muy grande.

-¿Cómo fue para usted que sus hijos mayores se hayan unido al MIR?

Esto partió con el Presidente Frei. Me llamó una vez por teléfono y me dijo: "Fernando, no le prestes el auto a tus hijos porque andan haciendo la revolución en él". Le dije: "Presidente, es que el auto es de todos, no se lo puedo quitar, pero les diré que se cuiden." Ellos complotaban en mi casa. Yo sabía más o menos. Algo me decía la Mónica.

-¿Cree que la opción de ellos

por la vía armada fue una cosa de juventud?

Javier, que murió, era muy riguroso en su posición de un socialismo más exagerado. Era muy estudioso, tenía una posición muy seria, pero intransigente. Cristián, en cambio, era más apasionado. Creo que hasta hoy vive añoranzas de esa época. Igual que la Carmencita. Yo creo que ella fue revolucionaria por actos de amor. Tengo la impresión de que con Calle Santa Fe, la película que estrena ahora, ya se vació y va a poder ser más libre. Porque ha estado prisionera de su pasado durante 30 años, pensando en Miguel. No me cabe duda de que fue un amor increíble el que sintió por él.

-¿Conoció a Miguel Enríquez?

No, no lo conocí. Lo vi una vez entrando por el costado de mi casa de Avenida Ossa. Lo vi de lejos. Pero nunca hablé con él. El primer marido de la Carmen, Andrés Pascal, siempre fue muy amoroso conmigo.

-¿Qué piensa del MIR?

Individualmente son encantadores, pero fue un movimiento muy sectario y carente de conciencia política.

-¿Por qué cree que sus hijos se fueron a ese extremo si usted es más bien un hombre de consensos?

Los hijos de mis amigos son a la hechura de sus padres y los míos no son nada a la hechura mía. Los dejé en plena libertad y no me arrepiento nada. Ellos vivieron su vida. Soportaron lo que les pasó con bastante fortaleza.

-¿Le costó más aceptar la militancia en el MIR de sus hijos mayores o la opción de vida de Fernando José en la comunidad de Pirque?

Fue más difícil la situación del MIR. En cambio sentí que tenía que apoyar a Fernando José y su familia, que tenía que estar con ellos. Porque él quería vivir así y yo no tenía por qué querer que fuera un gran arquitecto. Él está feliz. La pareja se unió. En la familia entera se renovó el afecto. Por lo tanto, que no quieran ganar dinero,

que quieran vivir del trabajo de la tierra y de vender pan, es un asunto que mí casi me agrada.

-¿Cuál de sus hijos ha sido su regalón?

Yo creo que Fernando José. Este niño desnudo, tan puro, tan sano, me conmueve, me siento impulsado a protegerlo más que a los demás.

-¿Cómo es la relación con sus nietos?

Muy buena. Con Ismael, muy buena. Yo traspasé el sentimiento hacia Fernando José a Ismael. Era una lumbrera intelectual y artística. Que dejara todo de repente, que dejara la universidad (estudiaba filosofía), hizo que sintiera una especie de aprensión. Pero él me quiere mucho, me abraza y me besa igual que siempre.

-Le ha tocado apoyar mucho a sus hijos...

No sé si los he apoyado tanto. Se la han batido solos. La Carmencita es una gracia: solita en Francia ha logrado apoyos para sus proyectos. Yo nunca la he ayudado para nada en eso. Con Cristián discutimos de trabajo, porque el mundo en el que yo participé más activamente nada tiene que ver con el mundo actual.

-¿Tiene una mirada pesimista sobre el desarrollo de la sociedad chilena?

No, porque he conocido jóvenes de hoy en actitud de revisar el presente, así que tengo confianza en que el futuro traerá cambios. Pero el presente es aborrecible. No hay participación de nadie, salvo de pequeños grupos, cerrados, llenos de poder y dinero. Pareciera que lo único que moviliza a la gente es el afán de ganar dinero. En los tiempos en los que yo participé más activamente había una juventud llena de anhelos, de esperanzas, de inventiva, de solidaridad. Y transformarse en esto.... ¡Haber vivido la dictadura por tanto tiempo y no ser capaces siquiera de reformar la Constitución!

Cuando uno le pregunta la edad, Castillo Velasco dice: "90". Su mujer interrumpe para corregirlo: "mentira, 89". Antes de despedirse de nosotros, él replica: "es que siempre hay que proyectarse hacia el futuro". S